



Editor-propietario: GREGORIO ESTRADA.

Direccion y Administracion: Doctor Fourquet, 7, Madrid.

Directora: JOAQUINA BALMASEDA.

Año XXXIV |

| Madrid 2 Mayo 1884 |

| Número 17



1. Traje de faya y brocado.

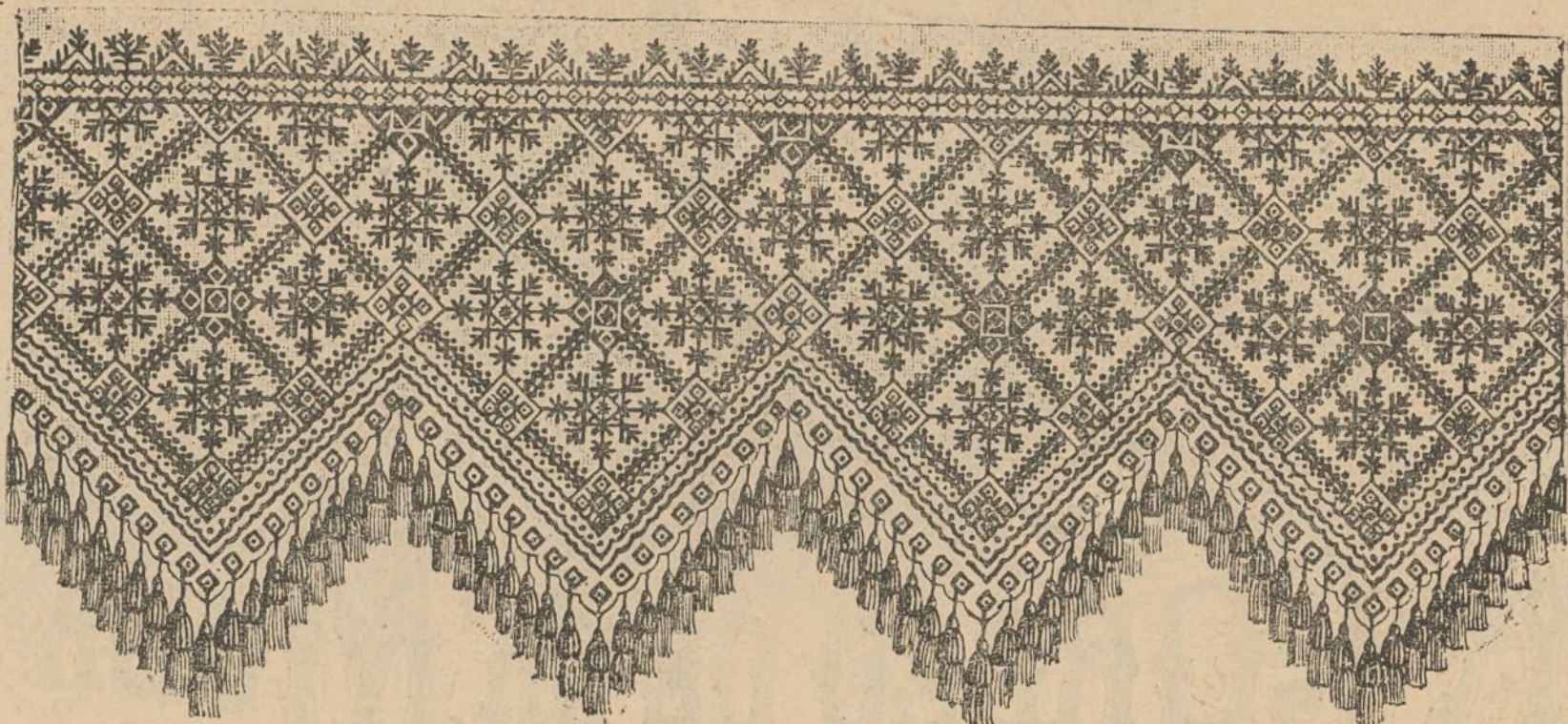
1 y 2. TRAJES PARA SALON.

2. Traje negro rico.



## REVISTA DE MODAS.

Si el mes de Mayo no fuera importante para la mujer cristiana, porque es el consagrado á María, sería siempre por el sol que le engalana, las flores que produce, las diversiones que ofrece, y la importancia que tiene en el terreno de la moda. Novedades que se indican apenas en el mes de Abril, toman calor y vida en el presente, pudiendo decirse que crecen y se desarrollan entre las rosas de Mayo. En las carreras de caba-



3. Lambrequin para canastilla.  
(Véase el núm. 4.)



5. Sombrilla bordada.

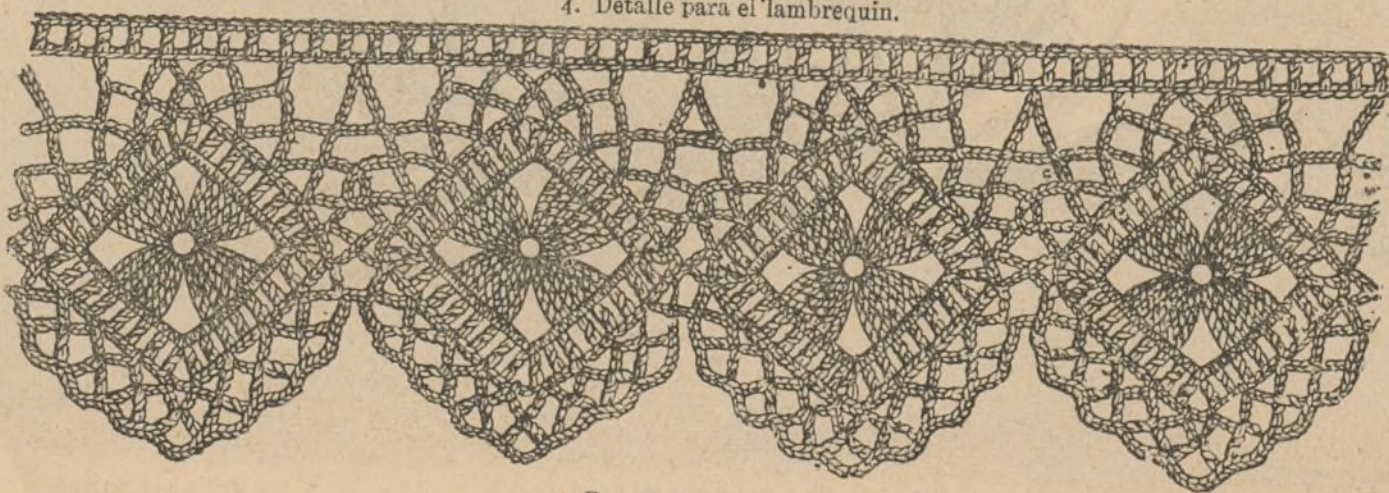
llos se lucirán los primeros sombreros, los más atrevidos, y puedo asegurarnos que los hay mucho, y en los días privados de la Exposición de Pinturas, y en el de inauguración, sobre todo, veránse trajes y capotas, de mano de privilegiadas modistas. Rosario Griffio copia modelos encantadores de los que acaba de traer de París, y que muchos han sido encargados ó comprometidos por altas personas, apenas han salido de las cajas. ¿Que si el sombrero redondo continúa en su pacífico reinado? Sí, por cierto; si en alguna estación tuviera razón de ser, sería en verano, cuando las bridas sofocan y el sol molesta la vista; pero no os alarméis las distinguidas defensoras de la capota; ésta será, como hasta ahora, la obligada para trajes y actos de alguna etiqueta. ¡Y qué capotas he podido admirar en el citado almacén de la Carrera de San Jerónimo! La moda, infatigable creadora, este año muéstrase rica en deliciosas fantasías que tienen sello especial de distinción. Cada sombrero de los que me han mostrado, es una obra de arte: pajas trenzadas, pajas retorcidas, de uno ó dos colores, produciendo el tornasol obligado del momento, tules y crespones bordados de perlas de cristal ó de flores al pasado, pasamanerías reemplazando al encaje, y para sombreros redondos, la paja Manila en blanco ó en colores gris, champignon y verde musgo. Como tipo general de adorno, los grupos de plumas en sentido vertical, ó las flores menudas, delicadas y perdidas entre hierbas, avena ligerísima y helecho, con insectos de mil colores.

Dignos de especial mención entre los modelos ad-

mirados, son: una capota de paja trenzada, color de cobre con ruche alrededor de surah del mismo tono, y bridas iguales, con grupo de plumas color de fuego y sprit más claro; otra capota de tul crema moteado de cuentas de oro, con grupo de cinta y plumas orientales, en caprichosa colocación. Los hay de paja, forrados de tul, circunstancia que dá al sombrero gran ligereza y novedad, y otro de crespon rosa llevaba bullon en dientes de lobo, orillados de cristal con bridas y plumas, que era delicioso. Ya veis qué juegos tan extraños: crespon y terciopelo, tul y cristal.... ¡caprichos singulares de la moda! Otro, de paja verde mirto y morada, tenía reflejos seductores, y for-



4. Detalle para el lambrequin.



7. Puntilla de crochet.



6. Sombrilla de surah.

ha venido como complemento de un traje en su mismo color, y su ala, ligeramente abarquillada, se veía forrada de surah granate, adornándole por delante grupo de plumas de los dos colores. Otro, de paja fresa pasada, tenía alrededor de la copa un bullonado caprichoso de surah, completándole penacho elevado de plumas rosa pálido. Las formas del sombrero redondo son infinitas; pero la que parece más indicada, es la de ala recta y copa cuadrada alta, que casi desaparece por delante, detrás del enorme penacho de plumas que le adorna.

Hé aquí á grandes rasgos los modelos más significados para la nueva estación: las niñas seguirán llevando la graciosa capelina fruncida en surah, y hasta en muselina y crespon lisos ó moteados, armonizando con las nuevas telas. Para la edad de cuatro y seis años, no puede haber sombrero más seductor: el borde suele adornarse de encaje crudo ligeramente sostenido, y su adorno es simplemente una escarapela de cinta estrecha como las bridas. Las niñas mayores alternan esta forma con el sombrero redondo, de paja lisa ó trenzada, y el sombrero de gran ala que avanza á sombrear el rostro.

No puedo terminar estos apuntes sin daros cuenta de un delicioso vestido para jovencita, admirado, á la par de los sombreros, entre las últimas novedades llegadas de París, en abrigos y vestidos. El traje que voy á describir era de seda rosa pálido y encajes marfil con sobrepuestos de bordado en surah blanco. Estos encajes renacimiento adornaban todo el borde inferior de la túnica, recogida de un modo inexplicable con grupo de pompónes granate, y el cuerpo que formaba peto del encaje mismo, llevaba encima un delicioso fichú de seda rosa que se anudaba sobre el encaje dando al vestido gran novedad. ¡Es uno de esos modelos que cautivan!



adorno gran  
de cinta de los  
y penacho de  
ucas, con todos  
os de zequies  
os. La for-  
de las capo-  
ña; los pena-  
umas, eleva-  
ridas cortas.  
ros redondos,  
ran tamaño,  
s encantado-  
ero de paja,  
lala forrada  
o núa, y  
cubierta de  
aplicadas de  
utria borda-  
cinta paji-  
de la copa, y  
mas de este  
an este ex-  
ro, que será  
a de las jó-  
ristocracia  
as carreras.  
avellana,

raje en  
e abar-  
anate,  
nas de  
asada,  
do ca-  
nacho  
ormas  
ero la  
ecta y  
e por  
umas

más  
niñas  
frun-  
spon-  
levas  
s, no  
orde  
ente  
una  
idas.  
n el  
a, y  
om-

aros  
ita,  
om-  
da-  
gos  
y á  
ido  
tos  
Es-  
na-  
la  
in-  
o-  
or-  
e-  
ú  
o-  
lo  
os



224-13

Robert & Laborde imp. Paris. Reproduction interdite

1897

EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*  
Calle Doctor Fourquet 7. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid







En matines siguen alternando las hechuras de forma Princesa con las faldas y paletots independientes, haciéndose en telas orientales, satenes de grandes dibujos ó telas moteadas, pero muy enriquecidos unos y otros con encajes y lazos.

JOAQUINA BALMASEDA.

#### EXPLICACION DE LOS GRABADOS

##### 1 Y 2. TRAJES PARA SALON.

1. *Traje de felpa y brochado.*—Falda de faya rosa antiguo con volante á tablas y pasamanerá perlada entre ellas; delantal cuadrado, ligeramente drapeado en granadina rosa, bordada de seda y perlas, completando el traje, cuerpo y cola en brocado verde oscuro con ramos de rosas, y forrada la cola de faya de este color: fichú de granadina rosa bordada, y chorrera de flecos de cristal.

2. *Traje negro rico.*—Vestido de faya con quillas de volantitos de surah, y delantal drapeado de granadina, con fleco de cristal á los dos lados de la quilla, y cuerpo de granadina con plaston de surah, adornados todos los bordes de gruesas cuentas de azabache, que se repiten en el adorno de manga.

##### 3 Y 4. LAMBREQUIN PARA CANASTILLAS.

Este dibujo, de excesiva sencillez, se borda á punto de cruz sobre lona ó cañamazo Java, con lanas de colores vivos, género argelino, pudiendo tambien ejecutarse sobre terciopelo ó felpa, poniendo encima el cañamazo y tirando despues de los hilos de él: dos órdenes de borlas en los mismos colores del bordado, segun muestra claramente el número 4, completan este lambrequin, que puede utilizarse para tapetes de mesitas ó tablas de chimenea.

##### Y 6. SOMBRILLAS.

La primera es de foulard bordado con sedas de colores, y puntilla crema alrededor, bordada de los mismos, con mango artístico, que adorna un ramo de flores.

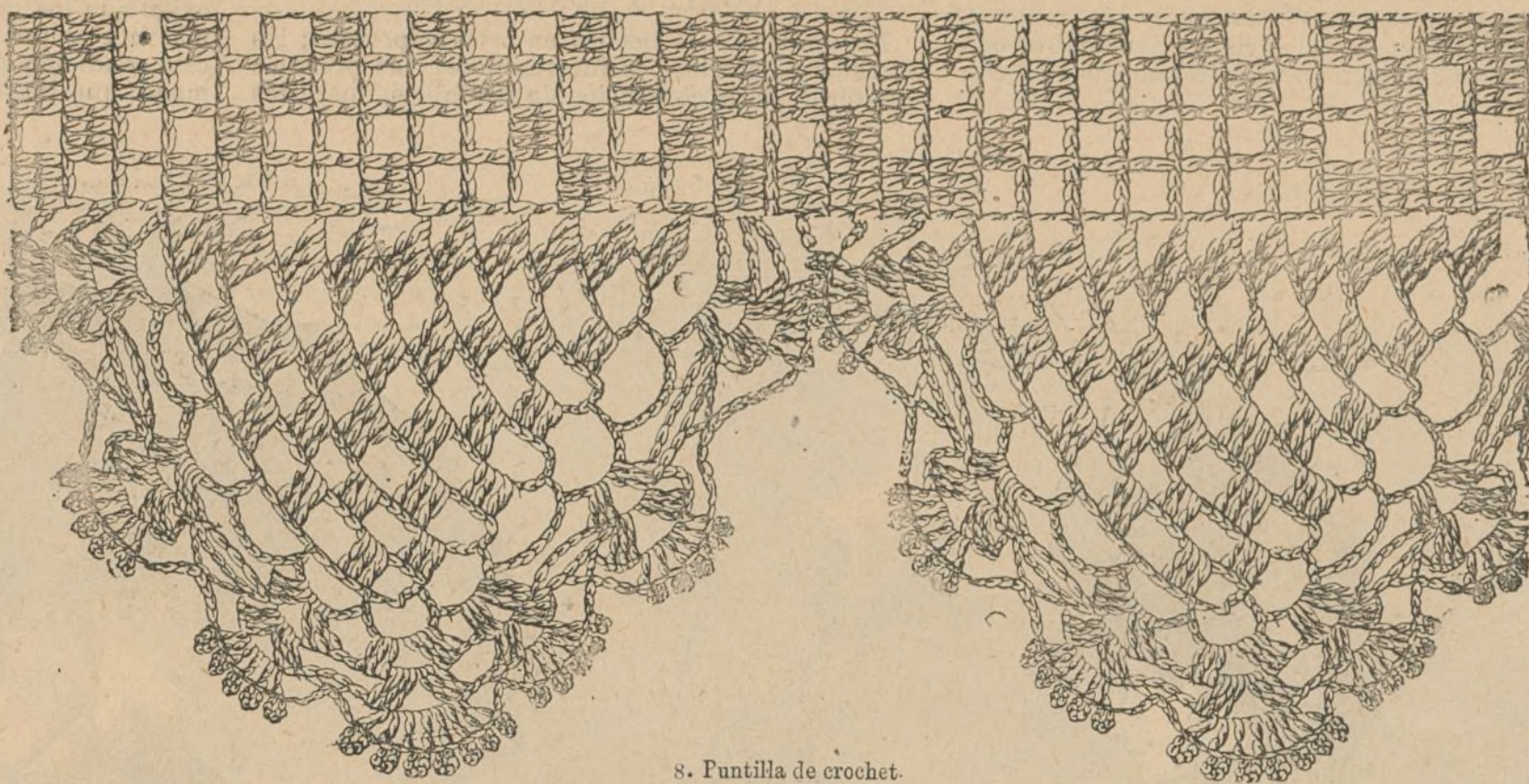
La segunda es de surah, bordada en su mismo color, con guarnicion igual, bordada tambien, y lazo de raso en el puño.

##### 7. PUNTILLA DE CROCHET.

Los picos de ésta están formados por cuadros independientes que se principian por 8 puntos cerrados en círculo, y en él cuatro grupos, cada uno de 6 dobles barras, separadas entre si por 7 puntos de cadeneta: una vuelta de barras con crecidos en los ángulos, completa el cuadro, uniéndose unos á otros por dos vueltas de festones de cadenetas. Una cadeneta lisa, con algunas barras triples que sirven de enlace, y otra encima, de barras lisas, completan la puntilla.

##### 8. PUNTILLA DE CROCHET.

Más ancha que la anterior, pero mucho más sencilla en su ejecución, no necesita explicacion apénas: ejecútase á lo ancho, y el dibujo muestra claramente el orden de vueltas y la colocacion de puntos. Cuatro vueltas de festones, con barras convenientemente distribuidas y adornada la última con picots, completan la puntilla.



8. Puntilla de crochet.



9. Vestido de primavera.

##### 9. VESTIDO DE PRIMAVERA.

Falda de cachemir de verano, azul marino, plegada en abanico *indesplegable*, y polonesa brochada en cachemir azul claro con flores azul oscuro, abierta por delante sobre chaleco de terciopelo azul marino, formando un doble biés; vueltas alrededor del escote, manga de codo con vueltas de las dos telas, y sombrero de paja azul marino, con forro y adorno de terciopelo, y grupo de plumas azul pálido.

##### 10 Á 17. TRAJES DE ENTRETÍEMPO Y VERANO.

10. *Manteleta de granadina.* (Patron en este mismo número).—La manteleta, de granadina bordada de cuentas de cristal y seda, forma grandes ramos en las puntas; va forrada de surah y guarnecida de encaje español. Vestido oriental, bordado, y sombrero redondo de paja con grupo de plumas y sprit.

11. *Traje para niña.*—Falda, túnica y plaston en céfiro brochado, y chaqueta de cachemir liso abierta con solapas de terciopelo en el pecho, y aldetas y broches en el cuello y talle. Sombrero de terciopelo con escarapela de cinta y plumas.

12. *Vestido para niña.* (Patron en este mismo número).—Es de velo blanco ó rosa plegado, y con volantes bordados en la falda y escote: cinturón y lazos en los hombros, de cinta rosa.

13. *Vestido de encaje negro.*—Falda de tafetan negro, plegado fino, cubierta de encaje plegado y con dos volantes en el bajo: túnica del mismo, drapeada en pouf, y cuerpo de peto, de encaje tambien, con plaston bullonado del mismo y mangas terminadas por encaje, forradas como el cuerpo, de tafetan. Sombrero redondo, de paja, adornado de encaje negro, plumas negras y flores grana.

14. *Vestido de velo liso y brochado.*—Falda gris lino, plegada á tablas triples que descansan sobre tres plisés, y túnica del mismo color, con brochado granate, drapeada en delantal, y con pouf de pliegues caídos: cuerpo brochado, abierto sobre plaston de terciopelo, con cuello vuelto del mismo sobre un fichú plegado de la tela del vestido, que cruza en el pecho y termina al lado izquierdo del talle con lazadas de terciopelo. Sombrero de paja, redondo, con terciopelo granate y plumas blancas.

15. *Visita de granadina brochada.*—Es de la forma conocida, hecha en granadina con flores de terciopelo bordadas de azabache, guarneciéndola ancho encaje de imitación, con ruche muy abultada encima. Falda de cachemir, bordada, y sombrero de paja con terciopelo y plumas.

16. *Traje para joven-cita.* (Patron en este mismo número).—Falda de velo color de tierra, con tres plegados que cubren la falda, suelto el borde en volante que orillan tres terciopelos azul eléctrico: túnica ple-



gada y sostenida en bullon por echarpe de la misma tela que se pierde en el pouf, y chaqueta abierta, de terciopelo azul mineral, dejando ver un chaleco de peto, en velo gris, bordado del mismo tono. Sombrero postillon, de paja, forrado de terciopelo azul con plumas grises.

## CORTE Y CONFECCION.

Las confecciones hechas en telas vaporosas; los vestidos adornados con fuertes bieses; las presillas que terminan la conclusion de las faldas, materias

esta razon el arte distingue ciertos pormenores, y exige que los géneros de un vestido sean siempre mas fuertes que los adornos, puesto que de no reunir esta condicion, se verian dominadas las telas de tal modo, que llegarían a perjudicar los trabajos y el

en seda antes de ser dobladas, sujetándolas en la parte inferior á la mitad de su largo, pero interiormente, para que no se muevan.  
En cuanto á la flexibilidad de las telas, todas cuantas precauciones se tomen para mejorar la con-

de los vestidos destinados á primera comunión, así como tambien al cosido de las puntillas y encajes que adornan los abrigos de entretiempo.  
En cuanto á la colocacion de los plastrones, cuellos y vueltas de manga, el asunto no es de tanta

nos, beneficiando á la vez la mano de obra, y facilitando la manera de trabajar á las personas que confeccionan los trajes por sí mismas.

Terminaremos por hoy, manifestando que todos los medios de adornar están sometidos á condiciones especiales, los cuales pro-



10. Manteleta de granadina. (Patron en este número.)

11. Traje para niña.

12. Vestido para niña. (Patron en este número.)

13. Vestido de encaje negro.

10 á 17. TRAJES DE ESTRETIEMPO Y VERANO.  
14. Vestido de velosillo y brochado.

15. Visita de granadina brochada.

16. Traje para jovencita. (Patron en este número.)

17. Cubre-pollo de paño beige.

17. *Cubre pollo de paño beige.*—Forma el paño un labradito de muy buen efecto, y adornan el gran paletot grandes vueltas que bajan del cuello á formar la manga, orilladas de terciopelo nítida, siendo del mismo el cuello y lazadas que adornan el abrigo por detrás. Sombrero de paja gris, con terciopelo nítida y plumas azules.

JOAQUINA BALMASEDA.

son todas dignas de relatarse en una época en que los vestidos toman un carácter serio y distinguido, y en la que el terciopelo es su adorno predilecto.

No es nuestro objeto censurar disposiciones emanadas de los centros oficiales de la moda, pero nos parece imposible que un género tan fuerte como el *peluche* sirva de complemento, y aún sea el adorno privilegiado en los trajes de verano, saliendo de todas las reglas que deben formar la perfección en la hechura. Colocar un biés de terciopelo sobre una tela delgada, es punto ménos que imposible; por

corte, formando arrugas entre unos y otros puntos del traje.

Para colocar, por ejemplo, las cintas de terciopelo señaladas en los volantes de la figura 7.<sup>a</sup>, sería preciso entretelar primeramente las partes inferiores de los paños, coser las cintas con asiento y agujas finas, y plancharlas despues sobre un paño á medio temple para despejar el efecto de las puntadas.

La colocacion de *presillas*, tal y como las determina la moda en la primera figura de la cuarta plana, debe ser hecha con entera igualdad, y forrarlas

feccion son pocas, comparado con las dificultades que ofrecen las piezas y accesorios que componen la *toilette* de una señora. En primer lugar, es indispensable que los forros carezcan de todo engomado; que no se emplee la máquina en ninguna de sus costuras, y que el hilvanado se ejecute con materiales finos. Todos los cosidos deben ser hechos á mano, un poco oprimidos y con puntadas muy compactas, á fin de prestar á la confeccion toda la solidez posible.

Tales observaciones son aplicables á la hechura

importancia, porque si bien en los volantes el refuerzo puede influir en la marcha de los fruncidos, y aún armar mucho más de lo que fuera necesario, en cambio, en dichas piezas, las entretelas contribuyen en parte á mantenerse firmes, resistiendo la fuerza del cuello y abotonado del pecho.

Mucho sentimos negar nuestro apoyo al terciopelo como adorno de verano; miramos con prevención este género, aún cuando la moda nos le impone, y sólo le aceptaremos en los vestidos de lana, es decir, allí donde las telas logren dominar los ador-

vienen de la direccion dada á la hechura de cada pieza del vestido. La posicion del terciopelo exige naturalmente, que en las partes rectas sea cortado al hilo; pero en los sitios donde residen las curvas pronunciadas, es indispensable el biés, pues de otra suerte resultaría interceptado el desarrollo de la figura, y menoscabaría completamente el recorte de las prendas.

CESÁREO HERNANDO DE PEREDA.



## ROSARIO ACUÑA

EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID.

Con planta vacilante y conturbado espíritu, acudimos la noche del 19 de Abril al Ateneo científico y literario, y no ciertamente porque hubiéramos recibido cortés invitación para ello; ni la Sociedad que cuenta en su seno las primeras ilustraciones del país, ni la distinguida escritora que iba á darnos en aquella noche gallardas muestras de su ingenio, fijáronse en que al estar la velada á cargo de una señora, las otras, que con más ó menos acierto toman parte en las tareas literarias de su tiempo, tendrían natural deseo y legítimo orgullo en escucharla. Procurámonos, pues, una entrada, como forastero solícito de ver curiosidades en país extraño, y acudimos con menos serenidad acaso que la que tenía la ilustre escritora, que se disponía á hacerse oír donde acaban de resonar los ecos de Camoamor, Nuñez de Arce, Ferrari y otros.

No necesitábamos una ocasión más para reconocer todo lo que vale la señora Acuña de Laiglesia, y así de su estro viril, como de su correcta é intencionada frase, de su elegante dicción y de su erudición vastísima, teníamos y tienen nuestras lectoras relevantes muestras; pero aquella noche iban á exponerse en solemne representación, transmitidos á un público inteligente, que habría sabido deslindar con delicadeza infinita, la galantería del aplauso, el elogio social del legítimo entusiasmo. ¡Y de cuántas pequeñas causas depende á veces una gran derrota! La timidez, que embarga las facultades del lector; la voz, mejor ó peor timbrada que transmite la frase; la mayor ó menor cadencia que termina las estrofas; todas estas y otras circunstancias aún más pueriles, bastan á que el ingenio, que sabe trazar brillantemente sus conceptos sobre el papel, quede deslucido en pública lectura de aquellos conceptos mismos.

La inspirada autora del *Rienzi* salió victoriosa de esta nueva prueba, y los que quizá la acogieron con desden, no pudieron menos de despedirla con respeto. Modesta en su decir, sabiendo avalorar los conceptos más culminantes sin énfasis declamatorio; profunda en la intención; entonada y correcta siempre; acometiendo con audacia teorías de las modernas escuelas filosóficas, y haciendo ver que el entendimiento de la mujer, cuando se cultiva, es susceptible de todos los estudios, de todas las creaciones, de todos los arrebatos de la inspiración, y que así pueden fundirse en el crisol de su ingenio las ideas de arte, como las de ciencia ó filosofía social, Rosario Acuña consiguió un triunfo, que quedará consignado en los anales de la primera Sociedad literaria de la nación, y en la historia literaria de la mujer española.

Algun periódico ha consignado que no habrá en el Ateneo más lecturas por señoras. Estimamos justa la medida; ni aquel centro es propio para la mujer, ni ésta, en su natural modestia, debe aspirar á triunfos tan peligrosos, que engendran la victoria entre zozobras y acaso sinsabores; la misión de la mujer es agena á las luchas de la palabra y al aplauso de las muchedumbres, y basta, para honor del sexo, con que de vez en cuando salga una de entre las muchas que trabajan sin pretensiones y estudian sin buscar aplauso, á decir: "hasta aquí podríamos llegar."

En la época moderna, la mujer ha conquistado aplausos en el teatro y en la tribuna, en la literatura y en las artes, y si Rosario Acuña ha logrado hacer oír su hermosa voz donde sólo llegaron hasta hoy los hombres de ciencia y de saber, otras han dejado escuchar la suya en el Paraninfo de la Universidad Central ó en el Fomento de las Artes (1), y algunas, sucesoras de la gloria de Gertrudis Gómez de Avellaneda, han conquistado, al lado de la autora de *Rienzi*, aplausos en la escena.

Nada importa, pues, que no lean más señoras en el Ateneo: el triunfo de nuestra querida amiga nos basta para sentir legítimo orgullo; á él se asociarán, de seguro, cuantas señoras cultivan las letras en España; y nosotros, desde este humilde Semanario, escrito por la mujer y para la mujer, le enviamos la más sincera expresión de reconocimiento, por haber tenido el valor de demostrar una vez más lo que valen su inspiración y su constante estudio. Las lectoras de *El Correo de la Moda*, que leen sus bellos artículos titulados *En el campo*, no serán tampoco indiferentes á su reciente triunfo, y por eso no queremos dejar de consignar en nuestro periódico, aunque algo tarde por las circunstancias especiales que en él concurren, que el nombre de Rosario Acuña ha conseguido grabarse una vez más entre todos aquellos que avaloran las letras españolas.

No pudiendo reproducir, como desearíamos, varias de las composiciones leídas de un modo admirable

(1) En el primero, la que suscribe, leyendo en una sesión literaria; y varias señoras, profesoras de educación, tomando parte en las discusiones del Congreso pedagógico.

En el segundo, doña Adela Riquelme de Trechuelo, en una brillante conferencia para la mujer, en la que mostró vastísima ilustración y fácil palabra.

por su autora aquella noche, tomamos de entre ellas el adjunto soneto, notable como todos los suyos:

## «LA DESESPERACION.

(SONETO.)

Es nostalgia del alma, si la vida  
En lo pasado nos recuerda el duelo;  
Es un reproche que se arroja al cielo,  
Al ver la tierra en sombras confundida;  
Es afán de abreviar la despedida  
Hacia toda esperanza y todo anhelo;  
Es grito de profundo desconsuelo  
Que en el imperio de la muerte anida.  
Es hallar la razón de la locura,  
Despreciar la virtud, para ir buscando  
Toda pasión escéptica ó impura;  
Es sentir y pensar siempre dudando;  
Sumirse en el placer de la amargura;  
Vivir sufriendo y sucumbir llorando.»

Quién sabe sentir, pensar y leer, como Rosario Acuña, merece un puesto de honor entre los escritores españoles.

JOAQUINA BALMASEDA.

## A ÁUREA G....

(EN SU ÁLBUM.)

Son tuyos, ÁUREA, mis días,  
Mis noches, mis pensamientos,  
Mis esperanzas más dulces  
Y mis tranquilos ensueños.  
Porque en tus frescas mejillas  
Rosas de la aurora veo,  
Del medio día tus ojos  
Tienen el ardiente fuego,  
Y arreboles de la tarde  
Guardas en tu amante seno,  
Los encantos de la noche  
Se miran en tus cabellos,  
Y es el candor de la luna  
De tu corazón reflejo.

Por eso, al verte á mi lado,  
Volver á subir yo quiero  
La pendiente de mis años  
Juveniles y risueños;  
Mas se oscurece mi vista,  
Y medroso retrocedo  
Con el polvo, que levantan  
Las ruinas, que en mí veo.

Por eso, cuando me miras,  
Ángel bajado del cielo,  
Quisiera, para admirarte,  
Un espacio más inmenso;  
Un horizonte más grande  
Y un mundo que fuera nuevo,  
Do en juventud se tornaran  
Los estragos, que hizo el tiempo.

La primavera, con flores  
Que amante acaricia el céfiro,  
Orna tu sien, y perfuma  
Tus armoniosos acentos;  
Y á mí sin cesar me abruma  
Los destrozos del invierno,  
Que sepultan mis suspiros  
En nieve, granizo y hielo.

¡Qué mal se adunan, hermosa,  
Mis canas con tus cabellos!  
¡Aquellas imitan plata,  
Y el oro fulgura en estos!

Tú eres la luz que ilumina,  
Yo de la sombra un remedio;  
A mí la tierra me llama,  
Y á tí te sonríe el cielo.

R. HUERTA POSADA.

## UN AMOR PARA UNA VIDA

(MEMORIAS DE UN ESTUDIANTE)

novela original de

AURORA PEREZ ABELA

A MIS LECTORAS.

El manuscrito que voy á publicar, es la narración de una historia triste, dulce y suave; no hay en ella escenas palpitantes de interés, refugio de muchos novelistas para interesar al público, ni situaciones cómicas que diviertan el ánimo; su estilo es sencillo; los acontecimientos que en ella ocurren, pertenecen á la vida real; su argumento no es complicado, pero yo abrigo el íntimo convencimiento de que no desagradará á las suscriptoras de *El Correo de la Moda*, porque me lisonjeo de que ellas poseen, como yo, el amor á la poesía, á la ternura, á la bondad. Si acaso en algún párrafo sienten que la emoción hace palpar sus corazones, y acuden las lágrimas á sus ojos; si después de leerla la alargan á sus hijas, para que éstas la lean á su vez,

mi ambición estará colmada, porque no pretendo ilustrarlas, ni asombrarlas con mi relato; despertar el sentimiento, es lo que buenamente aspiro.

I.

¡Dulce niña! ángel celeste que encantaba mis sueños; imagen purísima de la virtud y la ternura; ¡bendita mujer! constantemente amada con el amor sublime que reside en el alma que despierta los nobles sentimientos, déjame que consagre á tu recuerdo unas cuantas páginas, en las que quede para siempre grabada la memoria de la inmensa pasión que has sabido inspirarme y la de tus angélicas virtudes.

Huérfano de padre desde los primeros años, la fortuna me concedió una madre tan severa como tierna, excelente señora que me quería con toda su alma, pero que no titubeaba en castigarme cuando creía que mis pensamientos ó mis acciones merecían una corrección que había de serme provechosa.

Viuda á los veintisiete años, quedó sola conmigo, que entonces contaba cinco, y la pequeña Clarita, que aún no había cumplido seis meses; único dueño de una casa de labranza que había sido en otro tiempo de las más fuertes de la provincia, y sin disputa la más rica del pueblo de H..., donde he nacido, pero que á la muerte de mi padre, por una sucesión de desgracias anteriores, había sufrido pérdidas tan considerables, que amenazaba inevitable ruina. Mi madre poseía un ánimo sereno y una voluntad firme; tomó las riendas del manejo de la casa, y á pesar de que había amado á su marido con delirio, pudo hacerse superior á su pena para cumplir lo que consideraba un deber sagrado: *cuidar del patrimonio de sus hijos*; se hizo cargo de todo, desde la dirección de las operaciones agrícolas, hasta las más insignificantes faenas domésticas; trabajaba con afán, descansando durante breves horas y desplegando una actividad prodigiosa. Quizá debido á su constante trabajo y prudente economía, las pérdidas no aumentaron; empezando, por el contrario, á prosperar la casa, aunque nunca llegó á su antiguo engrandecimiento; bien es verdad que la Providencia bendijo los afanes de aquella excelente madre, regalándonos una serie de años verdaderamente felices para todo labrador. A pesar de sus muchas ocupaciones, mi madre no descuidaba nuestra educación; nos criaba, es verdad, sin los cuidados que ordinariamente se prodigan á los niños de buena clase; apenas nos reservaba del frío, nos hacía comer manjares saludables pero gróseros, y nos vestía con una modestia que rayaba en la pobreza, aunque limpia en extremo; muchas veces la gente del pueblo, al verme caminar hacia la escuela á la edad de seis ó siete años en los días más crudos del invierno, cuando caía agua y nieve en abundancia, no dejaban de criticar la conducta de mi madre; pero ella decía: —Mis hijos no son ricos; es preciso que se acostumbren á todo.

¡Bendita y esforzada mujer! ella nos hacía fuertes á semejanza suya, y nos acostumbraba al trabajo con sus exhortaciones y su ejemplo; yo era un poco holgazán para el estudio, pero ante el carácter enérgico de mi madre, no podía resistirme, y estudiaba por no sufrir sus reprensiones ó sus castigos.

A pesar de todo esto, en mí tenía puestos (como vulgarmente se dice) sus cinco sentidos; me quería más aún que á la pequeña Clarita, á pesar de que amaba á ésta con ternura. Quizá la causa de esta involuntaria preferencia, era el haber sido yo su primer hijo, quizá mi parecido con mi padre, ó el nombre que llevaba, que era el mismo de aquel esposo tan amado: debido á lo que fuese, lo cierto es que mi madre cifraba en mí todas sus ilusiones, sus esperanzas para el porvenir.

—Yo quiero que tú seas un hombre ilustre, me decía algunas veces, estrechándome entre sus brazos; para esto es necesario que estudies mucho.

Cuando llegué á la edad de tomar carrera, después de terminados mis exámenes de segunda enseñanza, y de tomar el grado en el Instituto de la capital, mi madre me indicó que deseaba fuese abogado; yo no le contesté, ¡tan acostumbrado estaba á cumplir su voluntad! pero ella, que con una mirada penetraba mi pensamiento, mi disgusto, comprendió en realidad yo no quería esto: había llegado á los quince años, oyendo siempre ensalzar el valor, las acciones generosas; llena estaba mi mente de ideas exaltadas, un tanto románticas; de amor á las glorias, de vehemente deseo de sacrificarme por mi patria, y había soñado con ser militar.

Aquella buena madre me dijo:

—Veo que no te entusiasma mi proyecto; ¿qué quieres ser, pues?

—Militar, madre mía, le contesté; quiero ofrecerme á mi patria, como debe hacer todo hombre bien nacido.

Mi madre no pudo contener una sonrisa al ver la exageración de mis ideas, pero bien pronto expresó en su semblante amarga tristeza.

—¡Militar! repitió poniéndose pálida; y luego añadió, besándome delirante, mientras que algunas lágrimas bañaban sus ojos: no, ¡no quiero, hijo mío!

Aquel espíritu fuerte, aquella mujer valerosa, sentía angustia mortal al pensar en el peligro de su

hijo; para ella la ternura

Yo deseaba...  
tumbrado á...  
enterneció p...

—Bien, m...

—No, Juan...

emocion; no...  
darme gusto...  
si encuentra...  
que sienta...  
tras, sé mili...  
sarse de na...  
riosa, á la q...

Aquella n...

do en todo...  
poco en mí...  
mas, el dese...  
blo, al volvo...  
muchas cru...  
tas heridas...  
miéntas qu...  
me entusias...  
—¡Mirad...  
en la guerr...

Sabido es...  
adolescenci...  
me hizo aba...  
resolvi por...

—Seré m...

bien hacer...  
de la huma...  
trar más gr...  
que mi mad...  
familia de u...

—¡Ah! ¡se...

¡Dios mío! s...  
so, ó de mí...

A la mañ...  
dre mi proy...

—Me ale...  
porque así...  
rarte de mí...

A los p...  
mente de r...

ranzas, hen...  
en lágrimas...  
tar en ellos...

Iba provi...  
gunos que...

llevaba un...  
ciano mée...

pia mano a...  
go muy e...

blo. La cas...  
la misma d...

diente, ó p...  
la familia...

trona de m...  
ra, casada...

de la palab...  
amable, ya...

daba á su...  
jero.

—Fui mu...  
dia olvidar...

muchos añ...  
y asomarse...

entraba á...  
merecida p...

¡Querida...  
volveré á v...

Sin emb...  
cendiente e...

creía oír...  
—Juan...

Los prim...  
me fui aco...

gos (estud...  
y distraer...

concurrían...  
me hubier...

yo procura...  
prensión...

moral.

Siempre...  
mi casa, d...

ces no con...  
el hogar p...

pléndido p...  
taba en po...

mer con el...  
á mi antig...

Había a...  
dre parec...

otra vez...  
ella, me d...

—Si no...  
no te abra...

Yo sabí...  
además, l...

un domín...  
y digna le...



## LOS JUICIOS DEL MUNDO

NOVELA ORIGINAL  
de  
ANGELA GRASSI

(Continuación.)

El deseo de reinar, tan exclusivo en ambos, se apoderó con tal frenesí de sus almas, que no hubo resorte que no moviesen, ni interés que no halagasen para preparar los ánimos á que Felipe fuese proclamado rey, en caso de morir su hijo. Temían que el partido de Luis, para aprovecharse de los desórdenes de una minoría, proclamase á Fernando, y áun se habló de apoderarse de él y conducirlo á la Granja.

Durante los ocho días trascurridos, Felipe no había salido de su retiro, pero iban y venían correos para notificarle á cada hora el estado de Luis, y sus emisarios no descansaban, derramando el oro á manos llenas, y procurando seducir á los grandes empleados con magníficas promesas.

Sin embargo, hasta la mañana del octavo día, en que los médicos desahuciaran oficialmente al augusto enfermo, no se atrevieron á hacerle firmar el famoso documento, redactado con tanta antelación.

No en vano llamaban á Felipe el *Prudente*, porque su principal cuidado era ocultar sus actos bajo una hipócrita reserva.

En la mañana de aquel aciago día lo hicieron presentar al enfermo por sus acérrimos partidarios, y áun se asegura que éstos llevaron violentamente la moribunda mano del monarca.

Desde aquel momento, si alguno en la apariencia le había permanecido fiel, se dió prisa en abandonarle.

Y, sin embargo, Luis aún existía.

¡Pobre rey, que espiraba en la flor de su edad, sin ver al rededor de su lecho ningún rostro amigo, sin que le auxiliasen los amantes cuidados de su familia, sin recibir ni áun la bendición de su padre; de su padre, que tal vez estaba contando los minutos de su vida pareciéndole muy largos!

¡Pobre rey, á quien servían de rodillas ocho días ántes, y que espiraba ahora solo y abandonado!

¡Solo no! Una persona le había permanecido fiel en la desventura, la única que había ofendido durante su esplendor.

Era Luisa. Ahí está la historia, que testifica este bello rasgo de ternura conyugal. ¡Ah! ¡Todo el poder de Isabel, todo el empeño de los escritores contemporáneos, no han podido arrancar de su frente este lauro, que reverdecerá eternamente.

En vano han calificado de vicios sus virtudes, en vano han desfigurado todos los hechos de su vida; este hecho fué tan glorioso y notable, que la saña y la envidia no han podido ocultarlo á la admiración del mundo.

Luisa, sin temer el contagio de un mal terrible, que no había pasado, sin atender á ruegos ni á consejos, estuvo perennemente á su lado, prodigándole los más tiernos cuidados, no desdenándose de desempeñar por sí propia los más trabajosos y humildes.

Otra persona participaba sinceramente de su dolor: era el niño Fernando.

En vano su padre, como hemos indicado ántes, bajo pretexto del contagio había querido que le llevasen á la Granja; en vano las personas de su servidumbre le retenían cautivo en su mismo cuarto; el niño sobornaba á los criados, ó descendía, con riesgo de su vida, por la ventana de su aposento, y volaba al de Luis, permaneciendo de rodillas junto á su lecho, hasta que le arrancaban á la fuerza de aquel sitio.

¡Estos eran los únicos dos seres que vertían lágrimas por el que ceñía la corona de dos mundos y reinaba sobre muchos millones de habitantes!

Era la noche del octavo día; Luis, rendido con el esfuerzo que hiciera para firmar su testamento, y tal vez por el dolor moral que esto le había causado, yacía exánime en el lecho, y parecía entregado á un momentáneo sueño.

Luisa gemía de rodillas, y escondía su cabeza en las sábanas, empapadas con su llanto.

Estaba sola.

Algunas personas de la servidumbre, á quienes la etiqueta y el buen parecer retenían aún en aquel sitio, permanecían prudentemente en la antecámara.

Larga y espantosa había sido la noche, pues el enfermo había llegado hasta el paroxismo de su mal; pero á la sazón, como hemos dicho, parecía dormir, y el silencio que reinaba en la estancia era tan profundo, que sólo se oía la respiración anhelante de Luis, y los sollozos y preces de su desolada esposa.

De repente el moribundo lanzó un doloroso gémido.

Luisa se levantó creyendo que la llamaba, pero el espanto heló su alma al ver la palidez y el desorden de su semblante.

Tenía los ojos abiertos y fijos, y una sonrisa vagaba en sus labios.

Cogió la mano de su esposa entre las suyas abrasadas, y la dió en voz baja:

—¡Ay, cuánto te amo, Magdalena! ¡Cuán feliz soy al verme entre tus brazos! ¡Cuando te contemplo á mi lado, cuando siento los latidos de tu corazón, me parece que renazco á nueva vida!

Déjame apoyar mi cabeza sobre tu seno, deja que mi corazón palpite junto al tuyo. ¡Magdalena, déjame morir en tus brazos!

Luis deliraba.

Este delirio se había repetido infinitas veces durante su enfermedad, y su desdichada mujer, aunque con el corazón desgarrado de dolor al escucharle, no manifestó nunca el menor despecho, secundando, por el contrario, su desvarío con la mayor paciencia y la más inalterable dulzura.

También entonces se plegó á su capricho, colocando su cabeza sobre su propio seno.

—¡Cuán bien estoy! prosiguió Luis fijando en ella sus delirantes miradas. Hace un instante sufría mucho... ahora me siento bien, muy bien... ¡Quisiera morir así...! Pero, ¿por qué lloras? Los sollozos levantan tu pecho, mis cabellos están inundados de lágrimas... no llores... ¡soy tan feliz...! me amas... ¿no es verdad...? ¡dime que me amas...!

—¡Te amo; oh sí, te amo! se apresuró á decir Luisa, besándole en la frente.

Pero los ojos del moribundo perdieron instantáneamente su extraño brillo.

—¡Pobre Luisa, prosiguió en voz baja, pobre Luisa!

¿Has visto, Magdalena, un ángel que se la asemeja en la tierra? ¡Siempre aquí, siempre á mi cabecera, siempre adivinando mis deseos, minorando mis sufrimientos! ¡Oh, si deseo ardientemente vivir, es por ella! ¡Yo no la amaré como te amo, Magdalena, porque así como no hay más que un Dios, un sol, una existencia, tampoco hay más que un solo amor; pero la haré tan feliz, tan feliz, que no eche de menos el cariño que no puedo darle! ¿Por qué no nos habremos conocido ántes? ¡Oh, los infames, separando nuestras almas, nos arrebataron la ventura...! ¿Podrá ella perdonarme nunca?

—¡Sí, sí, dijo Luisa dulcemente, ella te perdona...! ¡ella te bendice...!

Luis no respondió. Su rostro se tornaba cada vez más cadavérico, su respiración más fatigosa.

—Háblame mucho, háblame siempre, murmuró tras un largo silencio... temo quedar solo... temo que me abandones... ¿Lo creerás...? ¡Temo morir...! Acércate más... apenas te veo... estréchame sobre tu corazón; ¡me parece que no te siento...! ¡Ay! ¿qué es lo pasa por mí...? ¿Será esta la muerte...? ¡Cuán horrible... cuán dolorosa es...! No olvidarás, Luisa... Magdalena... Mira, mis ideas se confunden y ya no acierto con tu verdadero nombre... No distingo tu semblante... tan pronto creo ver el de Luisa, tan pronto el de Magdalena. ¿Es ella...? ¿Eres tú...? ¿Quién eres... di...? ¿Quién eres...?

—¡Soy tu esposa! exclamó Luisa con pasión.

La vida, próxima á escapar del inerte cuerpo del moribundo, pareció volver á reanimarle.

Echó los brazos al cuello de su mujer, y dijo con inefable ternura:

—¡Sí, tú eres mi Luisa; sí, te reconozco! Perdóname... A veces mi razón se extravía... quizás entonces pronuncie palabras que te ofendan... pero no son más que delirios... ¡Nada más!

Ya sé que Magdalena no me ama; que es esposa de otro; que está lejos de aquí... ¡Lo sé... lo sé...! Es la fiebre que me devora, la que me representa su páfida imagen... ¡Perdóname, esposa mía... amada mía, único ángel de mi vida...!

El esfuerzo de su espíritu había aniquilado su cuerpo.

Sus brazos se deslizaron, abandonando el cuello de su esposa; su cabeza cayó á plomo sobre la almohada.

—¡Luis, Luis! gritó la reina llena de espanto.

—¡Aire, murmuró éste con débil voz; aire, me estoy ahogando...!

Luisa descorrió con rapidez las cortinas, pero cuando volvió junto á su esposo, le halló entregado á una mortal congoja.

La reina, en el colmo de su angustia, dirigía una mirada en derredor de sí, y viendo que estaba sola, exclamó con indignación:

—¡Todos le abandonan, todos!

Luis entreabrió sus ojos ya entelados, y los fijó en su esposa con inefable ternura.

—¡Ménos tú! significaba aquella dulcísima mirada.

Luisa, en medio de su dolor, sintió un vivo consuelo. Por fin era comprendida.

Corrió á la mesa, y agitó la campanilla.

Aparecieron un gentil-hombre, y algunos ujieres.

—¡Vengan los médicos! dijo vivamente la reina.

—No, no, murmuró Luis, venga el confesor.

Luisa dió un grito, y se precipitó hácia él.

—No te asustes... dijo el rey sonriendo con tristeza, ¡ello ha de ser!

—¡Pero si estás mejor! exclamó Luisa.

En efecto, aquel cuerpo jóven y robusto se defendía tenazmente contra la muerte.

Pasada la congoja, había recobrado alguna fuerza. Hizo seña al gentil-hombre para que se acercase.

—¿Y mi padre? preguntó.

—En San Ildefonso, señor.

—¿Con Isabel?

—Sí, señor.

—¿Y Mirabey?

—También está en San Ildefonso.

—¿Y Cáceres, Soto y Peñafra?

—Todos están allá, señor.

Luis se sonrió con amargura. Aquellos eran sus amigos de la infancia.

(Se continuará.)



# CORREO DE LA MODA

2 de Mayo de 1884

(PÁGINA NÚM. 9)

## Derecho

Explicación de tres modelos que aparecen en este mismo número.

### Núm. I.—Manteleta.

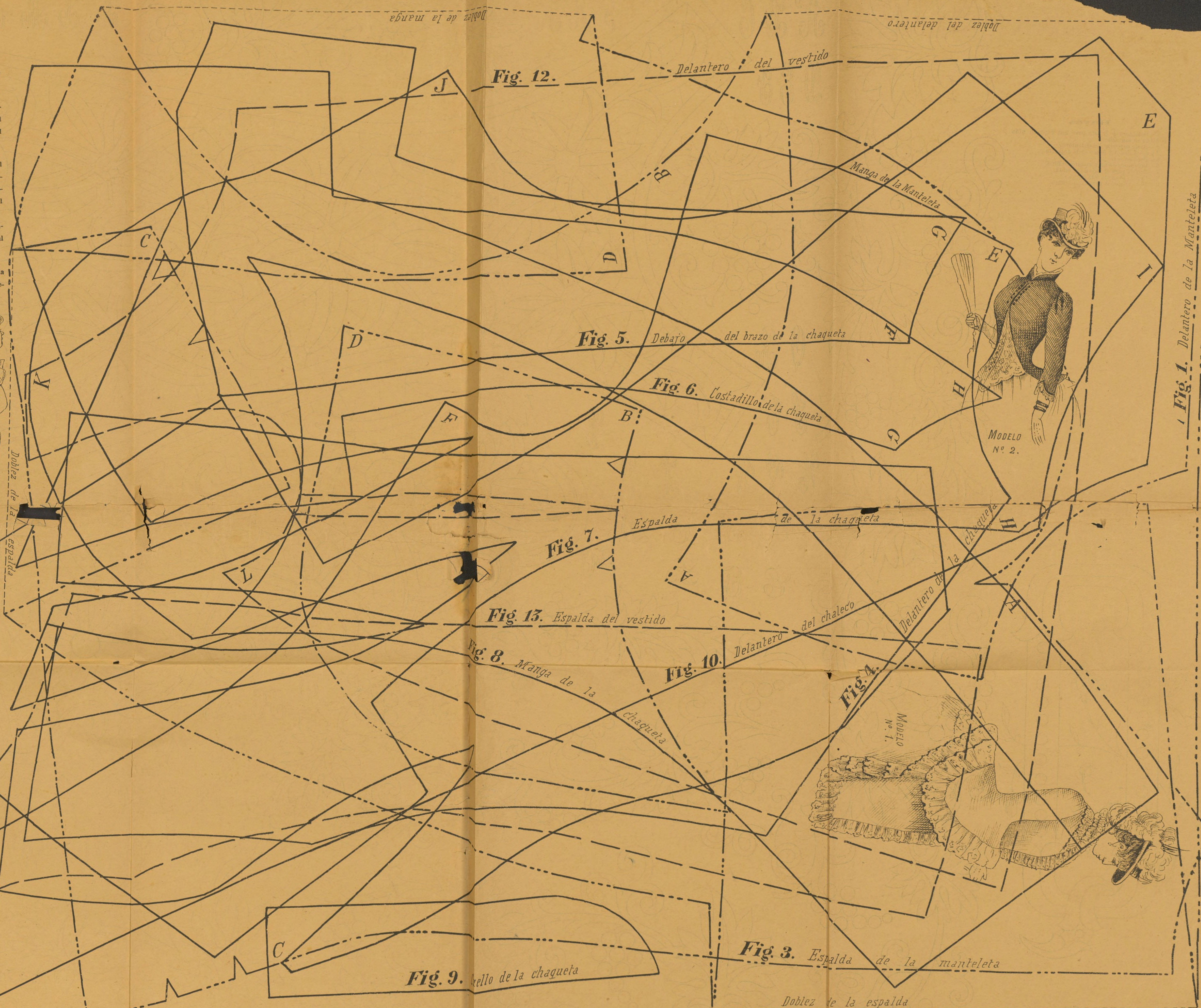
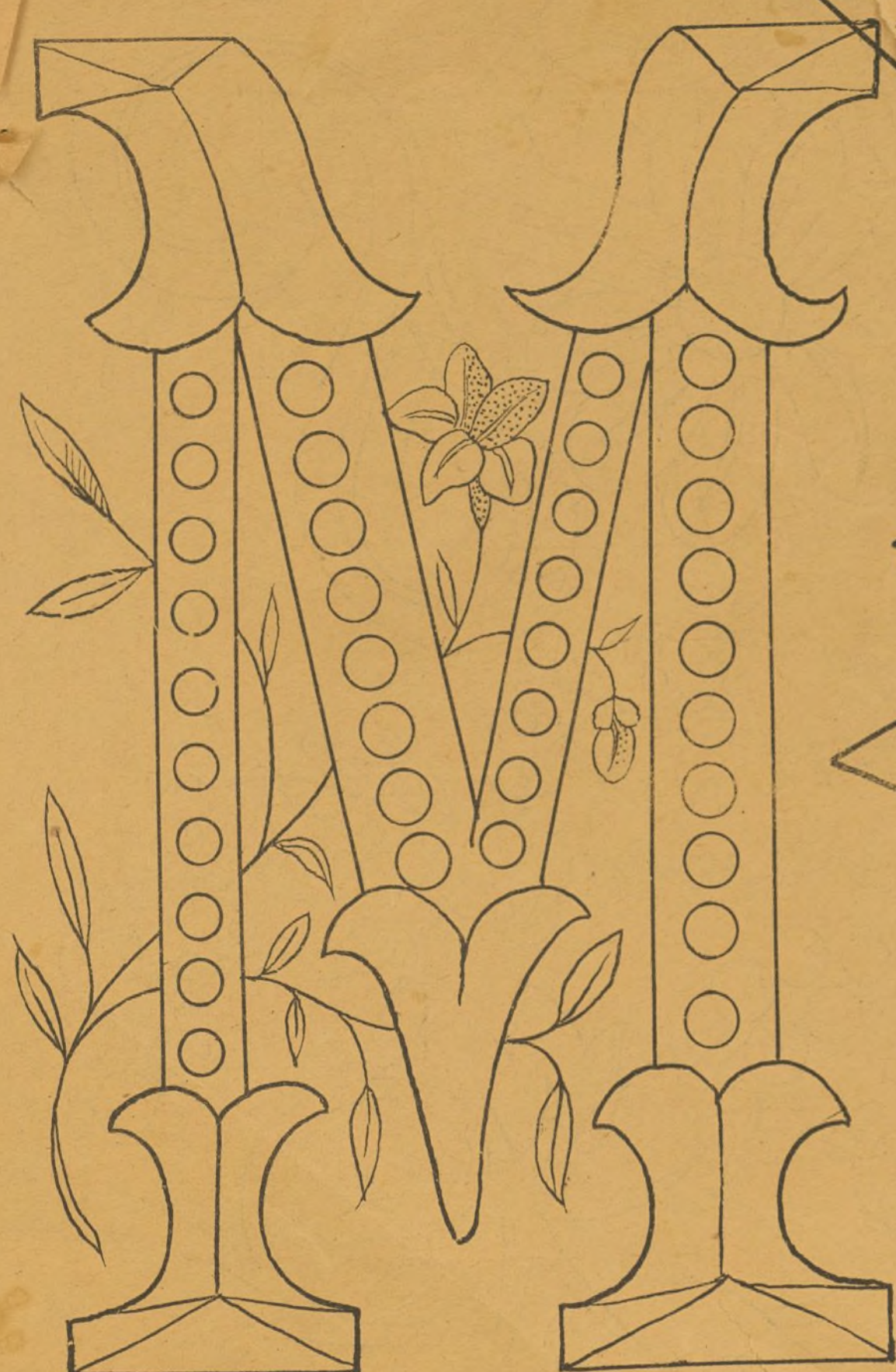
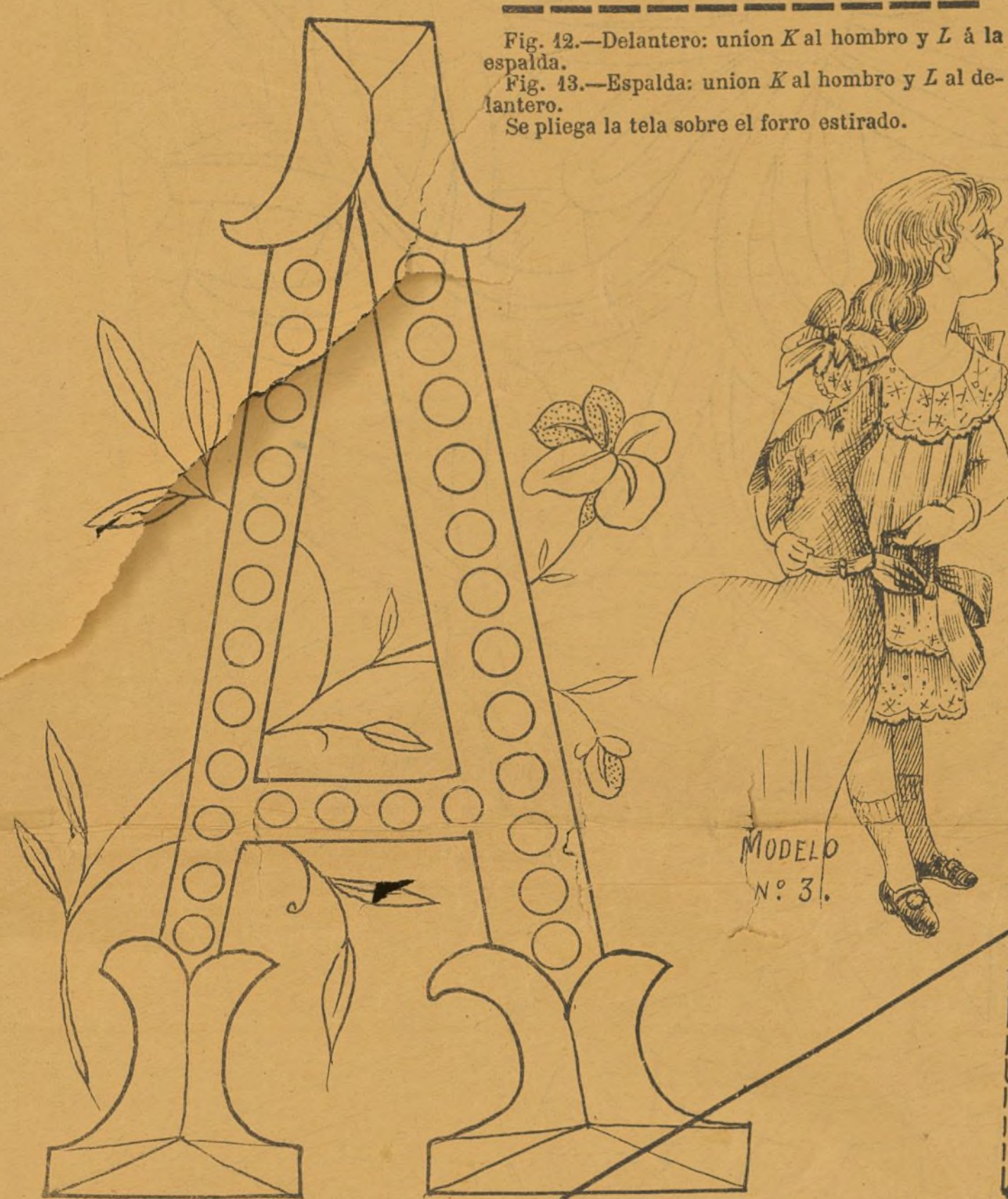
Fig. 1.—Delantero: union A al hombro, B al bajo de la manga y C a la espalda.  
Fig. 2.—Pieza inferior de la manga: union D al delantero y E a la manga.  
Fig. 3.—Espalda y manga unidas: union A al hombro, D al bajo de la manga y C a la espalda.

### Núm. II.—Chaqueta con chaleco independiente.

Fig. 4.—Delantero: union E al hombro y F al costadillo de delante.  
Fig. 5.—Costadillo de delante: union F al delantero y G al otro costadillo.  
Fig. 6.—Costadillo de la espalda: union G al costadillo de delante y H a la espalda.  
Fig. 7.—Espalda: union H al costadillo y E al hombro.  
Fig. 8.—Manga con la parte inferior trazada.  
Fig. 9.—Cuello alto.  
Fig. 10.—Delantero del chaleco: union I al hombro y J a la espalda.  
Fig. 11.—Espalda del chaleco: letras iguales al delantero.

### Núm. III.—Vestido para niña.

Fig. 12.—Delantero: union K al hombro y L a la espalda.  
Fig. 13.—Espalda: union K al hombro y L al delantero.  
Se pliega la tela sobre el forro estirado.





Revés

- 4.—Delantero y cenefa para una capa de niño  
bordada en soutache.  
5.—Parte superior del delantero.  
6 y 7.—Babero y fondo de la capotita.  
8.—Bocamanga.  
9.—Delantero de un vestido de niño.  
10.—Cenefa para el bajo de la falda.  
11.—Cenefa bordada á la inglesa.  
12 y 13.—Alfabetos para ropa blanca.

